

Herbert Marcuse: su crítica de la sociedad industrial y el problema ecológico

Por Manuel FOYACA

«No se trata de embellecer lo abominable, de ocultar la miseria, de desodorizar lo hediondo, de adornar con flores las cárceles, los Bancos, las fábricas; no se trata de purificar la sociedad existente, sino de sustituirla por una nueva» (H. Marcuse).

Sin aceptar indiscriminadamente todas las tesis de Marcuse sobre la sociedad industrial avanzada (capitalista o socialista), sí juzgamos como aciertos gran parte de las reflexiones contenidas en la crítica del sistema.

La cuestión de la conservación de la Naturaleza o, en otros términos, el problema ecológico va adquiriendo en estos años una gran importancia, por el peligro de la inhabilitación de la Tierra como consecuencia de la irresponsabilidad de la industrialización. El tema ya ha salido del círculo exclusivo de la ciencia para volverse comentario popular; y en este nuevo ámbito se carga la responsabilidad sobre la forma de producción capitalista, cuando en realidad corresponde a las sociedades industriales avanzadas, fuera cual fuere el signo de su economía política. A su divulgación contribuyeron el Informe del **System Dynamic Group del Massachusetts Institute of Technology**, publicado en 1971 y comentado en julio de ese mismo año por Sicco Mansholt, Presidente entonces de la Comisión de la Comunidad Económica Europea; la Conferencia para la Defensa del Medio Ambiente, celebrada en Estocolmo en julio de 1972 bajo los auspicios de las Naciones Unidas, y, en menor medida, en grupos nacionales, el debate promovido por el Club «Le Nouvel Observateur», en Francia, y la encuesta realizada por la revista «Triunfo», en España, unas semanas después. Atenta siempre a nuevos temas, FOMENTO SOCIAL le dedicó a éste varios artículos, y vuelve de nuevo ahora sobre él para ampliar el pensamiento de Herbert Marcuse, apenas esbozado en el coloquio organizado por «Le Nouvel Observateur».

* * *

De los diversos aspectos del problema ecológico planteados en la Conferencia de Estocolmo y en el debate de «Le Nouvel Observateur», Marcuse prefirió orillar el del peligro que entraña el crecimiento de la población mundial.

para centrarse en el agotamiento y destrucción de los recursos naturales por el capitalismo industrial de los países avanzados, y esto, para insistir en la urgencia revolucionaria de crear una nueva sociedad que se basara en una nueva cultura del bienestar.

Las ideas expuestas entonces por Marcuse pueden resumirse de este modo... El capitalismo monopolístico sigue empeñado en una doble guerra contra la Naturaleza—entendida como naturaleza del hombre y naturaleza exterior o medio ambiente—, porque una producción creciente malgasta los recursos naturales y destruye la fuente y sede «de los instintos de vida que luchan contra los instintos de agresión y destrucción». De esta manera, la sociedad de intercambio pretende convertir al hombre en sujeto-objeto de la «civilización», supeeditando el principio del placer a un principio de la realidad, que lo transforma en un instrumento progresivamente alienado y que repercute en toda la Naturaleza, negándole la dimensión «más allá» del trabajo, en la que debe realizarse la belleza, la tranquilidad y un orden no represivo; reduciendo así «el espacio natural que queda fuera del trabajo y del tiempo libre organizado y manipulado». Para Marcuse, la explotación de la Naturaleza es un proceso económico y político, ya que el capitalismo monopolístico manifiesta una tendencia totalitaria al extender su poder sobre la misma Naturaleza, en cuanto espacio de liberación y escape, e impide con sus leyes—acumulación creciente, creación de plusvalía y beneficio, necesidad de explotación del trabajo alienado—la defensa de la Naturaleza y el equilibrio ecológico.

Al extenderse ahora la conciencia de la contradicción fundamental de la producción capitalista, el tema ecológico puede y debe ser utilizado revolucionariamente para transformar la sociedad actual; porque los hombres ya comprenden la antinomia que existe entre la riqueza social y su empleo destructor, así como están cada día más convencidos de que no hay que vivir como instrumentos de un trabajo y de un ocio deshumanizados, ya que el bienestar humano no depende del aumento sin límites de la producción. Tal es el fundamento de la revuelta de los jóvenes—estudiantes y obreros—contra los valores del capitalismo, al entender que es imposible salvar y conservar la Tierra dentro del marco del sistema; inadecuado, además, para favorecer el desarrollo de los países del Tercer Mundo. Y, en tal supuesto, tanto las experiencias subversivas como la lucha por la extensión de la belleza, de la no violencia y de la tranquilidad, han dejado de ser romanticismo puro para convertirse en lucha por la supervivencia (1).

Pero Marcuse siente que el movimiento ecológico lo están recuperando en gran medida los que detentan el Poder, sobre todo en los Estados Unidos; quedando sólo para la juventud y los grupos militantes el combatir los crímenes de guerra cometidos en Vietnam, cuando la violación de la Tierra, con incendios, envenenamiento del suelo, defoliación de bosques y destrucción de diques, debiera ser materia de protesta esencial de la revolución...

Como resumen de estas consideraciones, Marcuse proclama en el debate de «Le Nouvel Observateur» que el fin propio del hombre sigue siendo el bienestar. Pero un bienestar nuevo, no basado en un consumo creciente a costa de un trabajo cada vez más intenso, sino orientado a «la conquista de una vida liberada del miedo, de la esclavitud del salario, de la violencia, de la fetidez, del

(1) «Es preciso que los hombres aprendan por sí mismos que es indispensable cambiar los modelos de producción y consumo, abandonar la industria de los artefactos bélicos, la industria del despilfarro puro y simple, para sustituirla por una basada en la producción de objetos y servicios necesarios para una vida de trabajo limitado, de trabajo creador, de auténtico disfrute.»

estrépito infernal de nuestro mundo industrial capitalista...» (2). Y dando testimonio de su fe socialista, cierra su intervención con estas palabras:

«La auténtica ecología debe desembocar en un combate en pro de una política socialista que afecte a las raíces mismas del sistema, y ello, a dos niveles diferentes: el del proceso de la producción y el de la conciencia mutilada de los individuos.»

Estas reflexiones de H. Marcuse nos parecen no sólo muy incompletas en la visión total de su sistema, sino además—y muy especialmente—demagógicas, cuando su pensamiento no puede reducirse a esta única dimensión político-revolucionaria. De aquí la conveniencia de intentar presentar una síntesis de sus teorías relacionadas, de una u otra forma, con el problema ecológico.

1.—LA SOCIEDAD INDUSTRIAL AVANZADA

Como punto de partida de esta somera reconstrucción del pensamiento de Marcuse, hemos de considerar su concepto de la sociedad industrial avanzada, valiéndonos de la descripción que de ella hace en varios de sus ensayos.

La primera y fundamental característica señalada por Marcuse en las sociedades industrializadas avanzadas es la que él llama «movilización total», promovida por la forma productiva de un Estado orientado simultáneamente al bienestar y a la guerra. Esta doble dirección contribuye por sí misma a eliminar problemas anteriores y a dominar a los perturbadores; y apunta una serie de tendencias, entre las que la primera es la concentración económica propiciada por el Estado, y en parte por él planificada en virtud de alianzas militares de extensión mundial, convenios monetarios, asistencia técnica y prestación de modelos técnicos de desarrollo (3). Esta economía de «beneficio» pilotada—mezcla de monopolismo privado y dirigismo estatal—tiende a transformar la mecanización en una automatización que elimina casi por completo el trabajo social «necesario» para la producción suficiente de bienes, y reduce el horario del trabajo alienado a un mínimo que amplía el llamado «tiempo libre».

Pero la máxima concentración del poder económico-político y cultural hace a la sociedad industrial «totalitaria», en una nueva acepción; porque fusiona la vida privada con la pública y los intereses de los individuos con los de la sociedad, aprisionando a la persona humana por la opinión pública, controlada por la Administración; con lo que el sistema, valiéndose del pluralismo democrático—no del terror—, absorbe toda oposición. Y como, por otra parte, el progreso de la técnica favorece un nivel de vida más alto para todos, se tiende a una igualación social en la esfera del consumo, por la facilidad de asemejarse en el vestido, en las diversiones y medios de confort, dado que el aparato de la producción y distribución de bienes suscita y satisface las necesidades individuales de todos. De este modo, las masas se integran progresivamente y aceptan el sistema como algo «racional», al poder escoger «libremente» objetos de consumo, asimilar la cultura y hasta participar como «electores» en el juego

(2) «No se trata de embellecer lo abominable, de ocultar la miseria, de desodorizar lo hediondo, de adornar con flores las cárceles, los Bancos, las fábricas; no se trata de purificar la sociedad existente, sino de sustituirla por una nueva.»

(3) H. Marcuse: *El hombre unidimensional*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1969, págs. 49-51.

democrático; pese a que—según Marcuse—sus juicios sean prefabricados por una opinión pública creada desde «arriba» (4).

Esta sociedad así descrita se encuentra en «movilización permanente» de sus fuerzas políticas, económicas, técnicas y culturales, contra un enemigo exterior—el comunismo—y otro interior, localizado en las posibilidades autónomas del sistema, actualmente reprimidas. Contra ambos se acentúa la unificación de los programas políticos internos. Y ello conduce a la integración de los trabajadores en la política nacional por una acción unitaria de sindicatos y empresas, en los Estados Unidos; al abandono de las «nacionalizaciones» de los sectores económicos por el laborismo, en Inglaterra; a la actitud antimarxista de la Social Democracia, en la Alemania Federal; a la sustitución del control político de los ciudadanos por el técnico, en la Unión Soviética, y al oportunismo parlamentario de los Partidos Comunistas, en Italia y Francia.

Finalmente, como una última tendencia de las sociedades industriales avanzadas, Marcuse señala la postura «estática» en cuanto renuncia a un cambio «cualitativo», aunque cuantitativamente crezca la productividad y nazcan nuevas tensiones; porque el aparato administrativo mantiene innecesariamente la «lucha por la existencia» y el «trabajo alienado» para asegurar su dominio... (5).

Hasta aquí hemos hecho una transcripción enteramente fiel al pensamiento de Marcuse; mas, para que el lector valore con cierta exactitud esta descripción de las sociedades industriales avanzadas, conviene tenga en cuenta una observación del mismo Marcuse, inserta en el párrafo final de la introducción de su libro *El hombre unidimensional*. En él afirma: «Mi análisis está centrado en tendencias que se dan en las sociedades contemporáneas más altamente desarrolladas. Hay amplias zonas dentro y fuera de estas sociedades en las que las tendencias descritas no prevalecen, o mejor, no prevalecen todavía. Yo proyecto («je mets en lumière», en la traducción francesa) estas tendencias y ofrezco algunas hipótesis, nada más.» Esta autovaloración de Marcuse no deprecia, desde luego, sus atisbos, a veces muy afortunados; pero reafirma su carácter de «ensayo», ahorrándonos aquí una minuciosa crítica (6).

(4) Para Marcuse, la integración de los trabajadores no constituye un hecho marginal de la sociedad industrial avanzada, ni se integra solamente una minoría privilegiada. En los Estados Unidos, «el creciente nivel de vida y los cambios que han tenido lugar en el proceso del trabajo han transformado a la mayor parte de los obreros organizados en lo que Lenin todavía podía llamar una minoría, la aristocracia obrera». Y esto, hasta el punto que la división esté ahora entre los trabajadores organizados y los sin organizar, entre los cualificados y los no-técnicos.

Desechada la explicación de la «aristocracia del trabajo» de Lenin, Marcuse recurre a la teoría marxista del capitalismo monopolista de Estado, ya que la competencia organizada obtiene mayores beneficios, que permiten un mayor salario por un período largo; mas no confunde esta teoría con la del imperialismo clásico, sujeto a inevitables guerras, que, con sus crisis, reducirían los salarios. El imperialismo ha dejado de existir, sucediéndole un neocolonialismo con reparto de influencias económicas, no tan proclive a las guerras. (H. Marcuse: «Las perspectivas del marxismo en las sociedades industriales avanzadas», en *La sociedad industrial y el marxismo*, Ed. Quintana, Buenos Aires, 1969, págs. 59-61.

(5) H. Marcuse, op. cit., págs. 52 y sigs.

(6) H. Marcuse: *El hombre unidimensional*, pág. 28.

2.—EL PROGRESO TECNICO Y LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

Esta sociedad industrial avanzada, así descrita por Marcuse, consagra unos «valores técnicos» que condicionan su forma de progreso. Tales son la «productividad», como valor supremo; el trabajo «socialmente útil», aunque alienado o deshumanizado, y la «supremacía de la razón».

La «productividad», como máxima producción de bienes en una Naturaleza domeñada, es valorada por sí misma y se ordena tanto a proporcionar los bienes de consumo como los instrumentos de destrucción. Así entendida, le sugiere a Marcuse una observación crítica no desprovista de razón:

«La productividad serviría para la satisfacción mejor y más extensa de las necesidades... Pero si el concepto de necesidad incluye tanto la alimentación, los vestidos, las viviendas, como también bombas, máquinas de entretenimiento y la aniquilación de medios de vida invendibles, entonces podemos afirmar sin peligro que el concepto es tan incorrecto como inservible para la definición de una productividad legítima, y tenemos derecho a dejar abierta la pregunta: ¿productividad para qué?» (7).

El trabajo «socialmente útil» de la sociedad industrial moderna subordina innecesariamente la felicidad del individuo a la utilidad social, impidiendo con ello la realización o desarrollo de las aptitudes personales del trabajador.

La «supremacía absoluta de la razón»—en esta concepción de Marcuse— exige un renunciamiento a la libertad como autonomía frente a los instintos; con lo que, trascendiendo hacia algo diferente y superior a la satisfacción lograda, la libertad se convierte en «fin en sí misma», porque, reducida a mera «libertad de la pobreza y del trabajo», queda definida por la negatividad y como coacción moral contra la inclinación: es decir, como una libertad sin felicidad... (8).

Este progreso técnico de la sociedad industrial avanzada entraña una definición cuantitativa como crecimiento de la cultura, y mira al desarrollo de los conocimientos y aptitudes humanas, así como al aumento de riquezas por el dominio de la Naturaleza y de la sociedad. Con él podrán ser satisfechas más necesidades... Pero, al no hacer referencia a otra serie de «valores», poco ayudará a la postre a la felicidad y libertad del hombre.

Frente a esta noción cuantitativa, Marcuse presenta otra cualitativa, como **progreso «humanitario»**, que implica el desarrollo del hombre en la Historia como realización de un orden libre y a la vez moral... Con él los hombres se vuelven más «humanos», y esto hace que en sus relaciones vaya disminuyendo la arbitrariedad, la opresión y el sufrimiento.

Para Marcuse, acertadamente, el progreso «técnico» es un prerrequisito del «humanitario», porque el dominio de la Naturaleza por la ciencia y el arte multiplica la riqueza social que configura y satisface las necesidades «humanas». Mas no conduce automáticamente al segundo, ya que su proyección humanitaria está condicionada por la distribución equitativa de los bienes, por la función social de los conocimientos y nuevas aptitudes adquiridas y por el logro de una mayor libertad posible para todos.

(7) H. Marcuse: «La idea del progreso a la luz del psicoanálisis», en *Psicología y Política*, Ed. Península, Barcelona, 1969, págs. 90-91.

(8) H. Marcuse, op. cit., págs. 92-93.

Si en siglos anteriores se desarrollaban juntas ambas formas de progreso, constata Marcuse que a partir del XIX el progreso «técnico» empezó a desligarse de los «valores humanos», relegando el segundo al mundo de las «utopías» o «proyectos» propugnados por el socialismo (9).

3.—ANÁLISIS DEL CAPITALISMO AMERICANO

Aunque Marcuse aplica también a otros países su paradigma de la sociedad industrial avanzada—y entre ellos a la Unión Soviética—, reconoce que ha alcanzado en los Estados Unidos su más típica expresión, por lo que, para aclarar más los conceptos, analiza la «forma americana».

En el prefacio escrito en 1967 para la edición francesa de *El hombre unidimensional*, caracteriza al capitalismo americano como una sociedad «cerrada» interiormente, que se «abre» al mismo tiempo hacia el exterior. Lo primero lo explica por el hecho de que asimile las fuerzas e intereses contrarios al capitalismo; que utilice y dirija socialmente los instintos del inconsciente, haciendo de la negación un factor de cohesión y afirmación; que integre eficazmente las clases sin el empleo del terror—Marcuse reconoce que la democracia integra mejor que el absolutismo—, y que renueve sus fuentes de productividad mediante la «administración» de la libertad y la «represión» de los instintos, lo que, en definitiva, convierte la productividad en destrucción...

Que la sociedad americana sea «abierta al exterior» se comprende fácilmente analizando su forma de expansión económica, política y militar, en la que no sólo se mezclan negocios y política, provecho material y prestigio, necesidades y reclamos, sino que, al mismo tiempo, se exporta un «modo de vida» esencialmente dinámico, promovido por los capitales, los ordenadores electrónicos y el «saber hacer», que da por resultado el fetichismo de la «mercancía» y un falso materialismo que coarta la libertad. De esta manera—concluye Marcuse, descubriendo sus fobias—, la sociedad americana extiende por el mundo las formas de destrucción: la de Vietnam, la del hombre y la Naturaleza, con un despilfarro lucrativo de materiales y trabajo, la polución de la atmósfera y del agua, la violencia en palabras e imágenes, el maltrato de los que se defienden y—en contraste con todo lo anterior, mas para Marcuse también destructivo—la grandeza y esplendor de autopistas y de estadios...

Todas estas cosas aceleran la dinámica de las «contradicciones» del capitalismo americano, concretadas como siempre en el carácter social de las fuerzas productivas y su organización privada, y ahora, especialmente, en el aumento de la riqueza social y su empleo destructivo. Estas contradicciones, sin embargo, no explotan por sí mismas, porque, paradójicamente, cuanto más se desarrolla la productividad, tanto más crece el poder de represión del aparato de dominio.

Si tal es la configuración del capitalismo americano visto por Marcuse, no es nota privativa suya, sino común a toda sociedad industrial avanzada, lo que él llama «pensamiento y conducta unidimensional». Consiste en el predominio del método científico «empirista», que da la primacía a un «operacionalismo» que desprecia los conceptos que no encajan en sus categorías y reduce la Filosofía, la Psicología, la Sociología y demás ciencia «humanas» a una dimensión meramente positiva y operacional. Con tales instrumentos en sus manos,

(9) H. Marcuse: «La idea del progreso a la luz del psicoanálisis», op. cit., págs. 87-90.

tanto en Occidente como en los países del Este, el aparato de dominio promueve eficazmente el pensamiento unidimensional. En Occidente, todas las instituciones por definición serán «libres», y toda intromisión en la empresa privada será llamada «socialismo»; al paso que en el mundo comunista, su régimen será el único «verdaderamente libre», siendo todos los demás «capitalismo», «revisionismo» o «sectarismo de izquierda»... Tan curiosa coincidencia en proclamarse libres de un modo exclusivo radica en la necesidad imperiosa de tener por «subversivo» todo lo no-operacional con relación al propio régimen; y por ello, en la sociedad industrial avanzada—siempre en la concepción de Marcuse—no es posible oponerse a la «razón oficial», porque ésta actúa en favor del Poder establecido, tanto en la esfera privada como en la política y social, y el progreso científico y técnico se ha convertido en instrumento de dominación. De una dominación disfrazada en Occidente de opulencia y libertad, pero que, absorbiendo toda posible oposición auténtica, impide todas las alternativas y todo lo mantiene en estado de movilización...

«Así surge el modelo de **pensamiento y conducta** unidimensional, en el que las ideas, aspiraciones y objetivos, que trascienden por su contenido el universo establecido del discurso y la acción, son rechazados o reducidos a los términos de este universo» (10).

En la sociedad americana encuentra Marcuse las tendencias de lo que pomposamente denomina sociedad opulenta, y por ello la presenta como su modelo, si bien no sea aún del todo una realidad.

La sociedad opulenta es una sociedad capitalista con estas notas típicas: sociedad de clases donde predomina la propiedad privada de los medios de producción; concentración del poder económico y político; intensificación de la automatización y de la coordinación entre la producción y la distribución, y una creciente intervención estatal. Se dan en ella una satisfacción progresiva de las necesidades materiales-culturales, fomentada por exigencias e intereses del aparato de dominio, y una prosperidad producida por el desperdicio o despilfarro acelerado, que mantiene en la pobreza y la miseria al estrato social ínfimo (11). Pero, al mismo tiempo, se trata de un «capitalismo tardío», que implica una unión indisoluble entre racionalidad e irracionalidad, productividad y producción, satisfacción y represión... (12).

(10) H. Marcuse: «La idea del progreso a la luz del psicoanálisis», op. cit., pág. 42.

(11) H. Marcuse: «Liberándose de la sociedad opulenta», en **La sociedad carnívora**, Ed. Galerna, Buenos Aires, 1969, págs. 39-40.

«Se trata de una sociedad capitalista con elevada concentración de poder económico y político; dotada de un enorme sector de automatización y coordinación de la producción, distribución y comunicación en escala creciente; y con propiedad privada de los medios de producción, que todavía dependen cada vez más de la intervención siempre más activa y amplia del Gobierno. Es una sociedad en la cual, como ya he dicho, tanto las necesidades materiales como culturales de la población subyacente son satisfechas en una mayor escala que nunca antes. Pero son satisfechas de acuerdo con las exigencias y con los intereses del aparato y de los poderes que lo controlan. Es una sociedad que crece con la condición del desperdicio acelerado, del envejecimiento y destrucción de fábricas, mientras el estrato inferior de la población sigue viviendo en la pobreza y en la miseria.»

(12) H. Marcuse, op. cit., págs. 40-41.

«Podemos decir que la racionalidad de esa sociedad está en su propia insania, y que la insania de la sociedad es racional en la medida en que es eficiente, en la medida en que distribuye las mercancías.»

4. OPRESION E IRRACIONALIDAD EN LAS SOCIEDADES INDUSTRIALES AVANZADAS

En una sociedad en la que el poder impulsa la productividad, no es extraño que Marcuse eche de menos el ejercicio de la libertad individual. Lo impide necesariamente el grado de socialización exigida por la mecanización extrema de la economía, que lleva a la concentración de las empresas y a la limitación regulada de la competencia; lo cual supone la coordinación de lo político con lo cultural, en el orden interno, y la reducción de la soberanía nacional, en el orden internacional. En consecuencia, quedarán debilitadas las libertades clásicas de pensamiento, conciencia, palabra y empresa... Mas como la sociedad industrial puede satisfacer con cierta holgura las necesidades de los individuos, bien puede pedir que, en compensación, éstos acepten sus principios operacionales y sus instituciones (13).

Oprimidas de este modo la libertad individual y la de empresa, la sociedad industrial tiende a ser totalitaria... Pero Marcuse, socialista marxista, no lamenta la negación de la libertad empresarial; antes bien, estima que su desaparición será beneficiosa para la civilización, al hacer posible la orientación de la producción de bienes hacia la satisfacción de «necesidades vitales», cumpliendo así el fin propio de la racionalidad tecnológica, sin impedir fatalmente la autonomía individual (14). Esta tendencia hacia el totalitarismo, imponiendo exigencias económico-políticas sobre el tiempo de trabajo y sobre el tiempo de ocio, sobre la cultura material y la cultura intelectual, constituye, no obstante —vuelve aquí a insistir Marcuse—, una coordinación técnico-económica «no terrorista», al admitir un pluralismo de partidos, periódicos, etc.; pero manipula las necesidades en beneficios de intereses creados e impide toda oposición efectiva por el dominio del Poder político en el proceso mecánico de la producción y en la organización técnica del aparato (15).

Por otra parte, en la sociedad industrial avanzada el todo parece «razonable», al hacer la vida más fácil para el mayor número de ciudadanos; al extender el dominio del hombre sobre la Naturaleza; al presentar los intereses particulares como generales, al tiempo que convierte las necesidades políticas de la sociedad en las de los individuos, promoviendo satisfactoriamente los negocios y el bienestar general... Mas, no obstante, para Marcuse esa misma «totalidad» es altamente «irracional», porque su productividad a toda costa destruye el libre desarrollo de las necesidades humanas y de las facultades del individuo; porque mantiene la paz por el miedo a la guerra, y porque en la esfera indi-

(13) H. Marcuse: **El hombre unidimensional**, C. I., págs. 31-32.

«Es cierto que, por lo menos en lo que concierne a las necesidades de la vida, no parece haber ninguna razón para que la producción y la distribución de bienes y servicios deba proceder a través de la concurrencia competitiva de las libertades individuales.»

(14) H. Marcuse, op. cit., pág. 32.

«El proceso tecnológico de mecanización podría canalizar la energía individual hacia un reino virgen de libertad más allá de la necesidad. La misma estructura de la existencia humana se alteraría; el individuo se libraría de las necesidades y posibilidades extrañas que le impone el mundo del trabajo. El individuo tendría libertad para ejercer la autonomía sobre una vida que sería la suya propia.»

(15) H. Marcuse, op. cit., pág. 33.

«El gobierno de las sociedades industriales avanzadas y en crecimiento sólo puede mantenerse y asegurarse cuando logra movilizar, organizar y explotar la productividad técnica, científica y mecánica de que dispone la civilización industrial.»

vidual, nacional e internacional, reprime las posibilidades de hacer pacífica la lucha por la existencia... (16).

Pese a todo lo que entraña la pérdida de libertades, la sociedad capitalista se consolida por su capacidad de absorber el potencial revolucionario, de liquidar la negación absoluta y de evitar o soslayar el cambio «cualitativo» del sistema. Las «contradicciones» que vio Marx siguen existiendo—de un modo especial la que se da entre la riqueza social y su destino individual—; pero Marcuse entiende que los contrastes se neutralizan y reducen por el progreso técnico y la productividad creciente, que contribuyen a que las clases opuestas se integren poco a poco. Al ser utilizada la técnica de una nueva forma de explotación y de dominio, las relaciones entre las clases se transforman. La sociedad opulenta seguirá siendo una sociedad clasista, pero la clase obrera no será su negación (17).

5.—LA SOCIEDAD CAPITALISTA LLEGA A SUS LIMITES...

El desarrollo de esta sociedad capitalista, que inicia la etapa de «opulencia», tiene para Marcuse un límite que viene impuesto por su racionalización al máximo, por la extensión de la automatización y por la agudización de su contradicción más esencial.

Al reducir la fuerza física del trabajo humano con el empleo de obreros especializados, de técnicos y científicos, disminuye el capital variable de la empresa y aumenta en contraposición el capital constante exigido por la racionalización de la producción; en consecuencia, se irá secando la fuente de la «plusvalía», y con ella, el «beneficio». Acentuándose el proceso de racionalización, la producción capitalista no podrá competir con la del mundo socialista, ajena al «beneficio».

La aplicación de la técnica industrial a la automatización permitirá, cada día más, una producción mayor en menos tiempo y con un número menor de obreros. Y este proceso tecnológico pondrá al capitalismo ante una alternativa trágica: ¿gozarán los individuos de mayor libertad para emplear su tiempo libre en ocupaciones «creadoras», según sus facultades?, o ¿el aparato de dominio se verá obligado a una mayor represión para mantener su control sobre los trabajadores? En ambos casos, la resultante será, para Marcuse, una aversión creciente hacia el sistema.

En último término, el desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas y su utilización destructiva y represiva es la contradicción actual más evidente de la sociedad capitalista, y lleva inexorablemente a un cambio «cualitativo», sustancial, o a la ruina total... (18).

(16) H. Marcuse, op. cit., Introducción, págs. 19-20.

(17) H. Marcuse: «Las perspectivas del marxismo en las sociedades industriales avanzadas», op. cit., págs. 52-53.

(18) H. Marcuse: **El final de la utopía**, Ed. Ariel, Barcelona, 1968, págs. 12-14. En el coloquio que siguió a su conferencia sobre «Las perspectivas del marxismo en las sociedades industriales avanzadas», celebrado en 1964 en Korkula (Yugoslavia), Marcuse comentó: «Esta es la contradicción decisiva, la contradicción que indica la posibilidad de una revolución en la sociedad capitalista. Como se ha dicho, no se trata de algo que pueda ponerse al orden para hoy o para mañana; se trata de un proceso largo, que, a su vez, depende en gran parte del desarrollo de la coexistencia entre capitalismo y socialismo; por ejemplo, de si el socialismo o el comunismo permitirán al capitalismo que

Reservando para el final unas breves reflexiones sobre estas afirmaciones de Marcuse que ahora exponemos, sí conviene añadir su propio comentario sobre la «función límite» de la automatización en las sociedades industriales avanzadas.

La automatización es algo más que un simple cambio cuantitativo de la producción, porque es incompatible con la explotación del trabajo humano. Marx lo previó en 1859, en su **Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie**. Allí advirtió que, al avanzar la técnica, la creación de la riqueza dependería menos del tiempo-trabajo, y cada vez más de la aplicación de la ciencia al proceso productivo... Y si esto es así—completa Marcuse—, el trabajador pasará a ser regulador y supervisor, pero no ya el agente principal de la producción. De aquí concluye la importancia de la ciencia socialmente asimilada por los hombres, ya que el «tiempo de trabajo» deja de ser medida del valor de la riqueza producida, y el trabajo excedente de la masa no es necesario para la riqueza social. De este modo, la automatización se convierte en el gran catalizador de la sociedad industrial, como instrumento técnico que provoca el paso de la cantidad a la calidad. Con ella, el hombre no seguirá esclavizado al trabajo, abriéndose a una nueva civilización... (19).

La extensión y desarrollo de la automatización se dificulta, sin embargo, en Occidente porque los Sindicatos exigen nuevos empleos para los trabajadores por ella desplazados, y, de no obtenerlos, prefieren el uso extensivo del trabajo humano al progreso, impidiendo al capital una mayor productividad. Esto debilita a las empresas en la competencia nacional e internacional, con el fomento de la depresión y la agudización del conflicto entre intereses clasistas... Mas como en los Estados Unidos la oposición obrera es «económica» y no política, aunque sindicalmente se radicalice no será por mucho tiempo, ya que su importancia irá disminuyendo con el aumento de los «cuellos blancos» y los requerimientos del «Estado de bienestar», que cuenta con el empleo de la inversión creciente y la dirección estatal, con la planificación nacional e internacional, con un amplio programa de ayuda al exterior, con los servicios de una Seguridad Social total y con las grandes inversiones en el sector de Obras Públicas y la nacionalización parcial de las empresas... ¡Medidas, todas ellas, aceptables para los intereses dominantes!

Pero si en los países de Occidente la automatización total se dificulta, retrasando con ello el cambio de la sociedad, en la Unión Soviética también se hace difícil conseguirla, aunque su economía—totalmente nacionalizada y dirigida desde el centro del Poder—, al no supeditarse a la obtención del «beneficio» por el capital privado, pudiera planearse para satisfacer las necesidades de los individuos y las prioridades militares y políticas. En esa economía existen todavía amplios sectores que Marcuse califica de «pretecnológicos»; pero el retraso favorece un replanteamiento de la industrialización sobre bases altamente racionales... La verdadera dificultad está—para Marcuse—en que los dirigentes de la Unión Soviética siguen sosteniendo, con Rousseau, que es necesaria una

continúe procediendo por etapas a la automatización, es decir, manteniéndola dentro de los límites tolerables para el sistema, o bien si el desarrollo económico y cultural de los países comunistas será hasta tal punto progresivo que obligue al capitalismo a proceder también a una automatización cada vez más intensa y extensiva, para no quedarse atrás en esta competencia global» (H. Marcuse: **La sociedad industrial y el marxismo**, Ed. Quintaria, Buenos Aires, 1969, pág. 99).

(19) «La completa automatización en el reino de la necesidad abrirá la dimensión del tiempo libre como aquel en el que la existencia privada y social del hombre se constituirá a sí misma. Esta será la trascendencia hacia una nueva civilización» (**El hombre unidimensional**, pág. 67).

«dictadura educacional» para liberar a los hombres por la fuerza y por la Administración; y olvidan que Marx había enseñado que la liberación de los trabajadores debe ser fruto de su propia acción, con lo que el control de los medios de producción por los «productores directos» los transformaría en hombres libres. Marcuse acepta, tal vez, que los dirigentes rusos posponen el cambio cualitativo del socialismo al comunismo por exigirlo así la situación internacional; pero no puede menos de observar que en la U. R. S. S. permanece la esclavitud del hombre de un modo muy «racionalizado» y eficaz. Como «marxista no soviético», sin embargo, abraza la esperanza de que el progreso técnico libere gradualmente los actuales controles. Juzga que la separación de los obreros del control de la producción es temporal, siendo introducida por Stalin tras el «período heroico»; pero no es esencial en el régimen soviético, como la distinción trabajo y capital lo es en el capitalismo de Occidente, como consecuencia de la propiedad privada. Y esto hace posible que en Rusia se llegue a desplazar políticamente las capas ahora dominantes, sin necesidad de que exploten las bases de la sociedad soviética... ¡Bastará un cambio gradual que suponga la distribución según las necesidades, una reducción del tiempo de trabajo mínimo y una educación para el cambio de funciones de los ciudadanos...! Marcuse admite que la burocracia soviética se resistirá a perder sus privilegios, pero confía en que la «coexistencia competitiva» con los países de Occidente obligue a impulsar el progreso técnico productivo y que la burocracia tenga que ceder... (24).

(20) No obstante su posición optimista sobre el desarrollo del régimen soviético, Marcuse escribió en su libro *El marxismo soviético*, en 1958: «El naciente Estado del bienestar puede hacer a la vida más cómoda y segura, pero mientras el conflicto Este-Oeste siga constituyendo un factor económico y político determinante, excluye la transformación decisiva, ya que sirve para justificar—subjetiva y objetivamente—la represión y la movilización competitiva en una escala totalitaria. La historia de la sociedad soviética parece hallarse fatalmente ligada a su antagonista... Pero en esta constelación, el desarrollo futuro del Estado soviético está bajo la ley dialéctica que aquél invoca. El cambio cualitativo no puede nunca considerarse como un cambio automático. Al margen del nivel de progreso técnico y de la cultura material, de la productividad y eficiencia del trabajo, el cambio desde la necesidad socialista a la libertad sólo puede ser el resultado del esfuerzo y decisión consciente. El mantenimiento de las relaciones de producción represivas permite al Estado soviético, con los medios de un control universal, reglamentar la conciencia de la población subyacente. Hemos indicado que la burocracia puede carecer de un verdadero interés en perpetuar la maquinaria represiva estatal. Sin embargo, esto no resuelve la cuestión referente al hecho de si el «espíritu» de la construcción socialista soviética, la «racionalidad» específica del sistema, tiende o no a perpetuar la represión por y en la población misma subyacente; en otras palabras, si la represión desde arriba no se enfrenta con la represión desde abajo. La sociedad técnica posee todos los medios para transformar la represión externa en auto-represión. Este proceso no es exclusivo de la sociedad soviética. Los instrumentos de que dispone la sociedad industrial muy avanzada y las ventajas que ella concede, las actitudes en el trabajo y en el ocio que exige su organización de la producción y de la distribución, suscitan una sociedad global capaz de ahogar la lucha por la liberación en una servidumbre relativamente confortable.» (H. Marcuse: *El marxismo soviético*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1967, págs. 183-184.)

En 1964, Marcuse se reafirmó en este juicio sobre la sociedad soviética, en *El hombre unidimensional*: «La situación de la coexistencia hostil puede explicar los aspectos terroríficos de la industrialización stalinista, pero también pone en movimiento las fuerzas que tienden a perpetuar el progreso técnico como instrumentos de la dominación... La economía nacionalizada puede explotar la productividad del trabajo y el capital sin resistencia estructural, al mismo tiempo que reduce considerablemente las horas de trabajo y aumenta las comodidades en la vida. Y puede realizar todo esto sin abandonar el dominio de la

6.—UNA NUEVA DEFINICION DE LA «SOCIEDAD LIBRE» EN LA INDUSTRIALIZACION ACTUAL

Puesto que en las sociedades industriales avanzadas los hombres no disfrutaban plenamente de su libertad, Marcuse esboza una sociedad industrial que sea verdaderamente libre; y empieza por observar que no basta definirla en términos de libertades económicas, políticas e intelectuales... Todas estas libertades indican modos de realización esencialmente negativos. Liberación de ciertas relaciones productivas y de la lucha por la existencia, en la «libertad económica»; liberación de la política que escapa al control de los particulares, en la «libertad política»; autonomía del pensamiento individual y abolición de la coerción de la opinión pública, en la «libertad intelectual». Atendiendo a las necesidades que debe intentar satisfacer, la sociedad industrial libre debe establecer una nueva «valoración», aun admitiendo que las necesidades no biológicas fueron condicionadas siempre por las instituciones dominantes, y los imperativos históricos, sujetos a pautas superiores.

Tras esta advertencia preliminar, Marcuse distingue entre dos tipos de necesidades: unas «falsas» y otras «verdaderas»... Las primeras satisfacen ciertamente al individuo, pero perpetúan el esfuerzo, la miseria y la injusticia, porque son impuestas por intereses particulares para reprimir al individuo, con cierta función social determinada por los poderes dominantes sin intervención de los particulares (21). Las segundas son las verdaderamente vitales, como el alimento, la habitación, el vestido, la cultura elemental, etc., y son fundamentales para satisfacer todas las otras. Hay que establecer, por tanto, la objetividad histórica de las necesidades, valoradas en términos de «verdad» y de «mentira», y esto no puede ser hecho por un tribunal inapelable, ya que cada individuo debe poder determinar de un modo auténtico cuáles sean sus necesidades verdaderas (22).

La posibilidad de autodeterminación se dificulta, no obstante, en las sociedades industriales avanzadas, por la presión que la misma sociedad ejerce sobre los individuos, entorpeciendo sus decisiones personales. Puede sofocar,

administración total sobre los hombres. No hay ninguna razón para asumir que el progreso técnico más la nacionalización provocarán la liberación «automática» de las fuerzas negativas... Mientras más capaces sean los gobernantes de repartir los bienes de consumo, más firmemente estará ligada la población a las diversas burocracias gobernantes... La cuestión no es si las burocracias comunistas «abandonarán» su posición privilegiada una vez que el nivel de cambio cualitativo posible sea alcanzado, sino si serán capaces de evitar que se alcance este nivel. Para hacer esto, tendrán que detener el crecimiento material e intelectual en un punto en el que la dominación sea todavía racional y beneficiable, en el que la población pueda ser atada todavía a su empleo y al interés del Estado u otras instituciones establecidas. De nuevo, el factor decisivo aquí parece ser la situación global de coexistencia, que desde hace mucho ha llegado a ser un factor en la situación interna de las dos sociedades opuestas. La necesidad de una utilización total del progreso técnico y de la supervivencia gracias a un nivel de vida superior puede resultar más fuerte que la resistencia de la burocracia establecida.» (H. Marcuse: *El hombre unidimensional*, págs. 73-76.)

(21) «La mayor parte de las necesidades predominantes de descansar, divertirse, comportarse y consumir de acuerdo con los anuncios, de amar y odiar lo que otros odian y aman, pertenecen a esta categoría de falsas necesidades.» (*El hombre unidimensional*, pág. 35.)

(22) «La «verdad» y la «falsedad» de las necesidades designan condiciones objetivas en la medida en que la satisfacción de las necesidades vitales y, más allá de ellas, la progresiva mitigación del trabajo y la miseria, son normas universalmente válidas.» (Op. cit., pág. 36.)

en primer término, apetencias razonables que no quiere liberar, y puede mantener el poder destructivo-represivo de la sociedad opulenta, que permite producir y consumir el despilfarro, sostener el trabajo alienado aunque no sea necesario, convertir el descanso en factor del embrutecimiento y consagrar libertades engañosas como la libre competencia, la de una Prensa que se autocensura y la de elegir diversas marcas de un producto (23).

Es necesario también, para Marcuse, rescatar para la libertad el «espacio privado» de los individuos, invadido por la realidad tecnológica que, al producir y distribuir masivamente, llevada por el «beneficio»—de aquí la denominación de «sociedad de consumo»—, reclama y sojuzga la totalidad del individuo, que termina identificándose con ella; ya que, reducida la dimensión «interior» donde podría germinar la oposición, pierden los hombres su capacidad de criticar una realidad que avasalla, hasta el punto de que—en frase de Marcuse—«el sujeto alienado es devorado por su existencia alienada», viviendo en una sola dimensión... Y de aquí concluye que la cultura industrial avanzada es más «ideológica» que su predecesora, porque la ideología se encuentra en el proceso mismo de la producción, y la extensión de los productos a todas las clases las lleva al adoctrinamiento (24).

7.—OBSERVACIONES FINALES

Hasta aquí hemos intentado resumir las ideas de Herbert Marcuse sobre la sociedad industrial avanzada, subrayando las que nos parecieron más interesantes desde una perspectiva ecológica. Dada la extensión de este artículo y la limitación impuesta por su título, juzgamos impropio apuntar siquiera otros aspectos de su teoría social, como podrían ser su concepción de la cultura—inspirada en Freud, pero rebasándolo al rechazar toda represión de los instintos—y su descripción de la nueva antropología que informará la sociedad futura; la dirección original y un tanto heterodoxa que da al marxismo, substituyendo los valores económicos para supeditarlos al ejercicio pleno de la libertad individual; el recuento de los agentes posibles del cambio revolucionario-cualitativo en la coyuntura político-social actual, acentuando la importancia creciente de los países del llamado «Tercer Mundo»; su táctica de la destrucción sistemática del orden de Occidente, equivalente al «anarquismo», etc. Si creemos, sin embargo, conveniente, añadir un pequeño comentario poniendo de relieve algo fundamental en el pensamiento de Marcuse (25).

Sin aceptar indiscriminadamente todas las tesis de Marcuse sobre la sociedad industrial avanzada, si juzgamos como aciertos gran parte de las reflexiones

(23) «Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y servicios no significa libertad si estos bienes y servicios sostienen controles sociales sobre una vida de esfuerzos y de temor, esto es, si sostienen la alienación. Y la reproducción espontánea, por los individuos, de necesidades superimpuestas no establece la autonomía; sólo prueba la eficacia de los controles.» (Op. cit., pág. 38.)

(24) «Los productos adoctrinan y manipulan; promueven una falsa conciencia, inmune a su falsedad. Y a medida que estos productos útiles son asequibles a más individuos en más clases sociales, el adoctrinamiento que llevan a cabo deja de ser publicidad; se convierten en modo de vida—mucho mejor que antes—, y en cuanto tal, se oponen al cambio cualitativo.» (Op. cit., pág. 42.)

(25) Esta concepción de Marcuse, relacionada con las teorías de Max Weber, se encuentra resumida por él mismo en la conferencia pronunciada en 1964, en Heidelberg, bajo el título «Industrialización y capitalismo en Max Weber».

contenidas en la crítica del sistema, así como rechazamos la mayoría de las elucubraciones sobre la nueva sociedad que preconiza, más cercanas a un cierto tipo de «sociología ficción», que a una verdadera reflexión científica.

Cuando se invoca el testimonio de Marcuse contra los fallos del sistema de Occidente, se olvidan ordinariamente dos cosas. Una, que—como ya indicamos—muchas de sus observaciones luminosas tienen en su mente categoría de «ensayos» o de atisbos no plenamente confirmados; y que, por tanto, no es justo darles mayor valor científico. Otra, que, aunque en su exposición se refiere preferente y ordinariamente a la sociedad industrial occidental—y a la norteamericana como prototipo—, siempre tiene un ojo puesto en la industrialización soviética, analizada por él con gran acierto en 1958, en su libro **El marxismo soviético**. Por nuestra parte añadimos que si en la industrialización de Occidente, por el afán desmedido de lucro, se excitan las apetencias de consumo, descuidando la satisfacción de necesidades vitales de parte de la población (de individuos, clases o países), provocando el despilfarro de recursos naturales; en la industrialización socialista, en el Este, se da un desgaste equivalente de riquezas, destinadas al aumento de las fuerzas destructivas de la guerra, con descuido permanente del consumo popular (26).

(26) Según datos proporcionados por Paul Barton en **Productivités comparées d'après Colin Clark**, las inversiones rusas destinadas a la industria pesada y bélica, en 1929-1952, representaron el 64 por 100 del total; mientras que las destinadas a la producción de bienes de consumo y a la agricultura sólo alcanzaron el 16 por 100 en el mismo período.

El lector recordará que el factor preponderante en la caída de Malenkov y Mólotov—aparte rivalidades por el Poder—fue la preponderancia que en 1955 ambos pretendieron dar a la producción de bienes de consumo, y que esta tendencia sigue siendo vista como «sospechosa» en la U. R. S. S., en cuanto pueda limitar el porcentaje de inversiones en la «industria pesada», necesaria para la potencia bélica.